

Barack Obama: ¿fin del racismo en los Estados Unidos?

“Sueño con el día en que mis
mis cuatro hijos pequeños vivan en
un país donde los juzguen por
sus capacidades y no por el color de su piel”

Martin Luther King

Muchos son los colores de América, muchos sus idiomas, muchas sus razas. Negros, chinos, blancos, mulatos, mestizos e indios, diferentes pero iguales a la vez. Pertenecientes a la raza humana, pobladores de un mismo continente. A pesar de ello, son estas contadas diferencias en cuanto a físico, las cuales han hecho que en países como Estados Unidos se hable únicamente de dos colores: el blanco y el negro. El país más desarrollado de la franja americana demuestra, paradójicamente, que aún con un presidente negro como cabeza de gobierno, el problema del racismo dentro de sus fronteras sigue latente, pues no es con Barack Obama como se logrará el indulto a los más de seis siglos de discriminación racial enraizada en aquel país del norte.

La palabra raza, según Marquer (1969), en su libro *Las razas humanas*, proviene del árabe *ras* y significa origen o descendencia; de ahí que se utilice este término para referirse precisamente, a las diferencias físicas existentes entre grupos de seres humanos: el color de la piel, la textura del pelo, la estructura corporal o la forma de los ojos. En este sentido, se habla de raza cuando se busca clasificar una unidad biológica, según la cual cada sujeto, perteneciente a un determinado grupo racial, puede ser identificado según los rasgos externos distintivos comunes entre sí y no debido a su cultura o ideología.

Sin embargo, luego de la llegada de los españoles a América a mediados del siglo XVI, esta concepción de raza se tergiversa. Los conquistadores occidentales, quienes creían haber llegado a la India, dudaban de la condición humana de las personas a las cuales encontraron en el nuevo continente, pues debido a su apariencia física, evidentemente diferente a la de aquellos, estaban convencidos de que no eran seres humanos verdaderos o bien, no tenían el mismo origen, lo cual propiciaba una discusión teológica sobre su génesis: los amerindios, como los llamaban, no eran descendientes de Adán y Eva, razón suficiente para considerarlos inferiores.

Esta creencia obligó al Papa Paulo III a emitir, en 1567, la *Bula Sublimus Deus*. En ella reconoce el carácter humano de los americanos y enfatiza el hecho de respetar su libertad, su raza y sus bienes. A ello, los europeos oponían los conceptos de Aristóteles hartamente aprendidos, según los cuales, debido a una desigualdad natural entre los seres humanos, algunos grupos nacen para ser esclavos toda su vida. Dicho de otro modo, el racismo surge para justificar la dominación colonial de los diferentes pueblos del mundo por parte de las potencias europeas. Es una creencia según la cual, las diferencias netamente anatómicas tienen trascendencia cualitativa; es decir, provoca que unos grupos humanos – en este caso, los blancos- se piensen por completo superiores a los demás. (Powell, Lorein y Duncan, 1988, p.27)

Así pues, para finales del siglo XVI, el racismo ya se había incorporado en todas las esferas sociales influidas por la civilización occidental. Desde entonces, grupos de blancos se sintieron con la potestad de implantar la esclavitud y la persecución de las minorías, lo cual afectó especialmente a los negros, quienes eran forzados a migrar desde África hacia América o Europa, con el fin de ser comprados como cualquier mercancía a la que su dueño podía vender, regalar o cambiar, incluso obligar a realizar trabajos pesados a cambio de nada, pues su condición de negros suponía, automáticamente, la de esclavos.

Estados Unidos de América fue uno de los países en donde se acogió la esclavitud como una forma de dominación racial legalizada. En esta nación, los negros llegaron para ser mano de obra barata, únicamente, “como si esta parte del género humano debiera carecer de los privilegios de la humanidad por la diferencia de color que les da el nombre” (Acedo, 2005, p.15). De este modo, sus características físicas hicieron que los esclavistas del sur de los Estados Unidos reclutaran cuatro millones de ellos para realizar labores agrícolas.

Por su parte, los pobladores del norte, en su mayoría abolicionistas, presionaban al presidente de entonces, Abraham Lincoln, para que los liberara a todos. Mas al no llegar a un acuerdo, las dos partes (norte y sur) se enfrentaron en una guerra civil (1861-1865), la cual terminó con la victoria de los norteamericanos; es decir, con la abolición de la sujeción en los Estados Unidos, dos siglos y medio después de ser implantada.

No obstante, contrario a lo razonablemente esperado, este hecho vino a empeorar las condiciones sociales de aquellos. Efectivamente, el negro dejó de ser esclavo, mas no por ello se convirtió en ciudadano. Las urbes en las cuales vivía diariamente no le pertenecían por una única razón: el dominio blanco no se los permitía. Al contrario, una vez libres, los sureños irritados a causa de su derrota, deciden redactar e implantar en 1870 nuevas leyes mediante las cuales los estados perpetuaran su hegemonía. Para ello, se utilizó el mismo método empleado por los colonos holandeses en Sudáfrica: el *apartheid*.

En *afrikáans* este término significa separación y describe la rígida división racista entre blancos y negros, según la cual los primeros son quienes imperan. En los Estados Unidos, particularmente, este nuevo régimen se desarrolló mediante la consigna de “separados pero iguales”. En este sentido, los negros tenían derecho a la salud pública; esto es, acudir a los hospitales, pero no al mismo que los blancos; podían educarse, aunque nunca en la misma escuela; podían obtener puestos laborales distintos de arar la tierra, pero jamás ganar como la raza dominante.

De este modo, pasaron a ser ciudadanos solamente para pagar impuestos, pues hasta en los tranvías o autobuses de Alabama, por ejemplo, debían ocupar los asientos del fondo tras los separadores rotulados como *colored passengers* (pasajeros de color) o bien, ceder el campo a un blanco si fuese necesario. En Durham, Carolina del Norte, los baños públicos, así como los lavabos y andenes de espera en las paradas de autobuses estaban también divididos y “debidamente” rotulados como “*White people only*” (solo gente blanca), todo con el mismo propósito: que el blanco no se contaminara con el negro.

Durante esta versión norteamericana de apartheid, la suerte de los negros del norte no era mejor, allí tampoco obtenían beneficios laborales, ni se les permitía votar, mucho menos acceder a puestos políticos. Para su raza, lo único que había cambiado desde la guerra civil fue su condición de esclavos, lo demás seguía igual, igual hasta Martin Luther King, un pastor bautista estadounidense quien, por medio de métodos pacíficos, se convirtió en el máximo defensor de los derechos civiles de su pueblo, para lograr mejoras en sus condiciones de vida.

De este modo, para 1960, después de una protesta pacífica con estudiantes negros en Birmingham, Alabama, Luther King había logrado la igualdad de acceso a las bibliotecas, los comedores y los estacionamientos. Sin embargo, su lucha alcanzó su momento cumbre en el verano de 1963, cuando encabezó sobre Washington la marcha más grande jamás vista en los Estados Unidos, pues en ella participaron 250000 personas. Allí, él y otros representantes de organizaciones antirracistas fueron recibidos por el presidente Kennedy, quien se comprometió a agilizar su política contra el segregacionismo en todos los ámbitos. De esta manera, justo un año después, en 1964, se vieron los resultados: las leyes separatistas fueron revocadas mediante la ley “*Civil Rights Act*” (Ley sobre Derechos Civiles).

A pesar de lo anterior, hoy, después de la victoria de Martin Luther King, la desigualdad racial subsiste en los EEUU. Las “personas de color” continúan experimentando tasas desproporcionadas de pobreza, de desempleo, de fichaje policial, de encarcelamiento represivo y de segregación en las escuelas (Phillips, 2009). Así por ejemplo, según el informe de derechos civiles “Restableciendo la meta de una Sociedad Integrada: un desafío del siglo XXI” de Gary Orfield (mayo 2009), 44% de las escuelas públicas en Estados Unidos se encuentran integradas únicamente por estudiantes no blancos, lo cual indica que, 45 años después de la abolición de las leyes segregacionistas, las escuelas siguen siendo *separadas, no iguales*.

El estudio de Orfield (2009), también señala que la mayoría de los asistentes a estas escuelas provienen de los *ghettos* (área separada para la vivienda de un determinado origen étnico, cultural o religioso, voluntaria o involuntariamente, en mayor o menor reclusión) de los estados Unidos, poblados en un 98% por afroestadounidenses. En estos barrios prevalece la pobreza, la delincuencia, la prostitución y el narcotráfico; todo como consecuencia de la desocupación laboral, la cual a su vez es resultado de una enseñanza de segunda categoría, impartida en las escuelas segregadas, pues los puestos de trabajo son otorgados a personas con mayor y mejor preparación; es decir, a los blancos.

En este sentido, “las distancias entre los niveles de desempleo sufridas por los negros y los blancos se mantienen tanto en los periodos de recesión económica como en los de auge” (Chervonnaia, 1990), así lo señala un estudio de Demos y del “Institute for Assets and Social Policy”, los cuales afirman que para 33% de los afroestadounidenses, la actual crisis financiera había empezado en 2000, pues desde entonces para ellos el empleo disminuyó un 2,4%, y los ingresos cayeron un 2,9%. Actualmente, el desempleo negro se sitúa en 14,7% mientras que el de los blancos es de 8,7%.

Estos datos son recogidos cada tres años por la encuesta de finanzas del consumidor, elaborada por la Reserva Federal de los Estados Unidos, y en todas se concluye que la distancia de riqueza racial se amplía cada vez más. Por decirlo de otra manera, en 2004 por cada dólar de riqueza de una familia blanca, la familia afroestadounidense tenía solamente 12 centavos y, para 2007, solamente 10. Consecuentemente, cuando un trabajador negro estadounidense pierde su trabajo, no posee ahorros con los cuales sobrevivir, de tal manera que los niños de estas familias no gozan de padres bien situados en quienes apoyarse. Así, atrapados en un sistema de desigualdad estructural, su tasa de mortalidad es dos veces mayor que la de los blancos, así como menor su esperanza de vida adulta.

Dicho esto, sorprende que hoy, el nuevo presidente de la Casa Blanca sea el primero de descendencia africana. El 4 de noviembre de 2008 se eligió a Barak Obama como el presidente número 44 de la potencia americana. Medios de comunicación de todo el mundo transmitieron la histórica noticia: un negro demócrata había ganado las elecciones luego de derrotar a su blanco oponente republicano de apellido McCain. Nuevamente, una sola cosa importaba: los colores de los contrincantes o mejor aún, el color del ganador.

¿Cómo era posible que un país de cimientos tan racistas, como el que hasta ahora se ha expuesto, hubiese tomado esa decisión? Dos teorías responden la interrogante. La primera es meramente política: los norteamericanos ya no querían un presidente republicano en el poder (Bush es republicano). La segunda, simple estrategia: mostrar al mundo que la potencia de América no es tan retrógrada en asuntos de raza como lo demuestra su historia. Esta última teoría convierte a Obama en una “pantalla de humo”, la cabeza negra delante de un poder absolutamente blanco.

Lo anterior no pretende desmerecer las capacidades del nuevo presidente, sino rescatar una verdad de interés social. El racismo en los Estados Unidos es real y, como anteriormente se señaló, es una problemática que aún afecta a quienes no tuvieron la dicha de nacer blancos. Hoy, un año después de la elección de Obama como presidente en 2008, según un estudio del “Southern Poverty Law Center (SPLC)”, los 888 grupos racistas; xenófobos u hostiles a las minorías, activos en los Estados Unidos durante 2007, aumentaron sus adeptos en 4%. Los ghettos, en su mayoría, siguen conformados por afrodescendientes, las escuelas privadas o de mejor estatus social concentran en sus salones de clase a los blancos acaudalados y solo 9% de los puestos laborales con mejor remuneración en todo el país tiene el color de Obama.

Por consiguiente, erróneo es creer que Obama, por encarnar a la minoría más humillada de la historia estadounidense, representa la era posracial norteamericana o bien, que el sueño de Martin Luther King se haya cumplido gracias a quienes decidieron colocarlo en el poder. No, en Estados Unidos aún falta mucho para finalmente lograr la igualdad de oportunidades proclamada para todos los ciudadanos durante la lucha por los derechos civiles y para implantar en su ideología, principalmente, que la única raza existente es la humana.